

J. Black River



La noche del vampiro

Ilustraciones de
María Simavilla

laGalera

Primera edición: octubre de 2019

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Edición: Núria Albesa y David Monserrat

Dirección editorial: Ester Pujol

© J. Black River, 2019, del texto

© María Simavilla, 2019, de las ilustraciones

© la Galera, SAU Editorial, 2019, de la edición en lengua castellana

Josep Pla, 95 – 08019 Barcelona

www.lagalera.com / lagalera@editorialgalera.com

facebook.com/editoriallagalera / twitter.com/editorialgalera

Impreso en Tallers Gràfics Soler

Depósito legal: B-16.399-2019

Impreso a la UE

ISBN: 978-84-246-6564-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.



CAPÍTULO 1

Era sábado por la mañana, el cielo estaba limpio de nubes y el día prometía ser soleado. Pero todo esto no importaba mucho en ese momento, porque Daniel King y sus amigos se encontraban en el taller. Era una sala contigua al garaje, repleta de herramientas viejas, antiguos muebles y trastos de esos que utilizan en las películas para hacer ver que están en otra época. Allí, en el taller, es donde Dani se reúne con Miki y Alexandra para grabar *Radio Pizza*: su propio programa de radio-podcast.

Dani tiene doce años, lleva el pelo largo y le encanta el skateboard. Su apellido real es López,



Daniel King



pero, como cree que es un apellido demasiado común y aburrido, se hace llamar King, que tiene más gancho.

Cuando tenía cuatro años, su padre falleció en un accidente haciendo submarinismo. Al menos, eso es lo que su madre le contó. Pero al cumplir los diez, tuvo un sueño que le hizo pensar que igual no se trató de un accidente. En el sueño era un monstruo gigante quien atacaba a su padre bajo el mar. A diferencia de la mayoría de sueños, que se olvidan al cabo de poco, este se quedó grabado en su mente, pues nunca había sentido uno tan real. No se lo contó a nadie, pero, en vez de sentir miedo, a partir de esa noche empezó a interesarse por las historias de monstruos y seres sobrenaturales.

Y a raíz de su pasión por este tipo de historias, y con la complicidad de Miki y Alexandra, nació Radio Pizza. En realidad el programa se llamaba *Historias de lo sobrenatural y otras cosas para reflexionar, presentado por un grupo de amigos a*



La noche del vampiro



los que les encanta la pizza, pero, como era muy largo, decidieron llamarlo solo Radio Pizza, que también tiene más gancho.

Dani dedica cada programa a hablar sobre un ser sobrenatural. Miki, su amigo de brazos enormes y amante de los cómics, participa con una sección que él llama de «Actualidad» (aunque en la práctica es sobre cualquier cosa que le pasa por la cabeza). Álex, la chica de las trenzas perfectas y la mejor patinadora de toda la región, es quien se encarga de la parte técnica porque sabe un montón de electrónica y de cables y de botones y todo eso.

Ya habían grabado dos programas, uno dedicado a Frankenstein y otro a los alienígenas.

Y, al igual que en los anteriores, el programa de ese sábado fue de lo más interesante.

—... y hasta aquí la maldición de la momia y las leyendas egipcias. Ahora se incorpora nuestro colaborador Miki con su sección de actualidad. ¿De qué nos hablarás hoy, Miki?



Daniel King



—¡Hola a todos! Hoy debatiremos sobre cuántas bolsitas de ketchup podemos llevarnos de los restaurantes sin que nuestros padres nos hagan pasar vergüenza.

Ellos creen que nadie escucha su programa, pero les da igual porque se lo pasan la mar de bien y durante ese rato se sienten auténticos periodistas radiofónicos. Además de ir juntos a patinar cada tarde, grabar este podcast es su hobby favorito. Y hasta aquí todo sería la mar de normal si no fuera porque justo ese día, por primera vez, alguien llamó a través del chat del programa.

El ordenador emitió un sonido que imitaba al de los móviles. En la pantalla apareció la opción de «Responder».

Los tres amigos se miraron, boquiabiertos, pero sin decir ni mu. Entonces Alexandra preguntó lo que todos tenían en mente:

—¿Quién puede ser? Nunca nos llama nadie.

—¿Creéis que es algún oyente? —preguntó Dani.



La noche del vampiro



—Puede. O también puede ser publicidad.

—¿Un sábado? No lo creo —respondió Miki—. Además, es muy pronto y mi madre dice que siempre llaman a la hora de la siesta.

—Deberíamos responder —dijo Dani, mientras jugaba nervioso con su colgante.

—Espera —saltó Miki—. ¿Y si es el señor Gil? Siempre se queja de que hacemos mucho ruido cuando pasamos patinando frente a su casa. Quizá llama para quejarse por videoconferencia.

—¿De verdad crees que el señor Gil escucha nuestro programa? —preguntó Alexandra, con cierta sorna.

—La verdad es que no.

El teléfono seguía sonando en el ordenador mientras los tres reflexionaban, sin atreverse a descolgar, hasta que Miki rompió el silencio de nuevo:

—¡Oh! ¡Quizá son los de la pizzería, que quieren regalarnos una pizza por la publicidad gratis que les hacemos!



Daniel King



—Vale, entonces responde tú —dijo Álex.

—Sí, claro, ¿y si es el señor Gil?

—Pero si acabas de decir que...

—¡Chicos! Siempre estáis igual —interrumpió Dani—. Nunca nadie ha intentado contactar con nosotros y solo hay una manera de saber quién es. Álex, ¿servirá el micro para hablar?

La chica asintió con la cabeza, Dani clicó finalmente en «Responder» y el sonido cesó. Luego acercó su boca al micro y preguntó:

—¿Sí? ¿Qui-quién es?

—*Hola, ¿es Radio Pizza?* —Parecía la voz de una chica joven. No era un adulto, eso seguro.

—Sss-sí —respondió Dani, nervioso.

—*¿Por qué habéis tardado tanto en responder? Bueno, da igual. Necesito vuestra ayuda urgentemente. Algo está acechando en mi pueblo y no puedo detenerlo yo sola. Necesito a un experto como Daniel King.*

—¿Un experto? —preguntó Dani, sorprendi-





do—. Pero si solo tengo doce años. ¿Cómo iba yo a ayudarte?

—Espera —intervino Miki—. ¿Cómo sabemos que no eres de la pizzería?

—*Tú debes de ser Miki, ¿verdad?* —preguntó la chica.

Miki cubrió su micro con la mano, para que no le escuchara, y con gran excitación le dijo al resto:

—¡Es una oyente!

—*¡Pues claro que soy una oyente!* —exclamó la voz al otro lado.

—Miki, el micro de Dani sigue abierto... —dijo Álex, poniendo los ojos en blanco.

—*Escuchad* —continuó la chica—. *Me llamo Vera, tengo once años y vivo en Villa Roca. Necesito ayuda, cuanto antes mejor. Todos los niños están sufriendo los ataques de esta criatura. Debéis venir y ayudarme a combatirla.*

—Pero no somos expertos, Vera, simplemente nos gustan las historias de monstruos, pero nunca



La noche del vampiro



nos hemos enfrentado a ninguno. Eso solo pasa en las películas y los libros.

—Esperad un momento, gamusinos —intervino de nuevo Miki—. Supongamos que te creemos. Si dices que es peligroso, ¿por qué deberíamos ir hasta allí y correr el riesgo?

La chica enmudeció, aunque seguía al otro lado. Lo sabían por su respiración, que sonaba profunda. Dani se dio cuenta de que esa chica realmente necesitaba ayuda, fuera o no peligrosa la situación. Tras unos segundos de reflexión, Vera respondió:

—Porque estoy sola. Si os pido ayuda, es porque no tengo a nadie más en quien confiar.

Los tres amigos se miraron. Se conocían perfectamente, iban juntos a clase desde parvulario. Sabían lo que el resto estaba pensando. En sus miradas había duda, pero también comprensión.

—Dime, Vera. Has dicho que hay una criatura... ¿De cuál crees que se trata? —preguntó Dani.

—Yo... estoy casi segura de que es un vampiro.



Daniel King



A los tres se les heló la sangre. Ahora sus rostros mostraban un poco de miedo. Vale, no era solo un poco. Tenían miedo. Y mucho. ¿Qué podían hacer?

—*No os pediría ayuda si pudiera enfrentarme a la criatura yo sola* —siguió Vera—. *¿Me ayudaréis? Por favor.*

¿Cómo iban a decirle que no? Por lo que sabían, esa chica era su única oyente y estaba en apuros. Dani miró a sus amigos y esperó su opinión. Álex asintió con la cabeza, ella siempre se apuntaba a todo. Pero Miki parecía dudar. Dani reflexionó: se había pasado horas y horas leyendo historias. Puede que fuera el momento de vivir una de verdad.

—*Además* —añadió rápido la chica—. *Tengo pizza.*

Miki alzó las cejas y sus ojos chispearon. Tapó los dos micros y, muy serio, les dijo a sus amigos:

—Chicos, hay que ayudar a Vera.



CAPÍTULO 2

Mientras subían el programa a la red para que cualquiera pudiese descargarlo, se prepararon para salir hacia Villa Roca. Álex les dijo a sus padres que se iban de excursión y Dani y Miki llamaron a sus respectivas casas para avisar de que pasarían el día fuera.

Cargaron las mochilas con botellas de agua, una manzana por cabeza y unos jerséis, por si hacía rasca. Álex se calzó sus patines especiales: unos botines a los que podía desmontarles las ruedas y así podía caminar o incluso correr.

También revisaron que la silla de Miki estuviera



Daniel King



lista. A causa de una enfermedad, Miki debía ir en silla de ruedas, pero no por ello se quedaba en casa. Al contrario, rara era la tarde que no iba con sus amigos al skatepark a bajar rampas y hacer trompos. Eso sí, todo era más fácil gracias a las modificaciones que Álex le había hecho en la silla: un pequeño pero potente motor eléctrico, amortiguadores, un foco para cuando anochecía y hasta un posavasos. Y lo mejor es que funcionaba con placas solares y la propia energía de las ruedas. Miki la llamaba la TurboSilla.

Como Álex era la única que tenía teléfono móvil, añadió, aparte del kit de herramientas que siempre llevaba consigo, unos walkie-talkies a su maleta.

—¿Qué es eso? —preguntó Miki.

—Son como radios antiguas —respondió Álex—. Puedes hablar a través de ellos, si no estáis muy lejos. Creo que nos serán útiles. Mi madre los usaba con sus amigos cuando tenía nuestra edad.



La noche del vampiro



—Oh, sí, aparecen en algunas historias que he leído. ¡Mola!

—Ya veo, es como un teléfono *vintage* —añadió Miki.

—¿Qué es *vintaish*? —preguntó Dani.

—Es cuando algo es viejo y está pasado de moda, pero, como te da vergüenza decir que es viejo, pues dices *vintage*. Mi padre lo dice mucho.

Los tres amigos quedaron satisfechos con esa explicación y ya estaban listos para salir. Dani se subió al skate, Álex fijó los patines y Miki le quitó el freno a la TurboSilla. Era hora de patinar.

Villa Roca estaba a tan solo quince minutos patinando desde El Roble, su pueblo. Para ir de uno al otro, patinaban por las calles hasta las afueras, pasando frente a casas y tiendas. Aunque la mayoría de gente los saludaba al pasar, no había día que no se encontraran al señor Gil mirándoles mal desde su porche. Al salir de El Roble, tomaban el camino



Daniel King



asfaltado que cruza el prado de hierba alta y que separa los dos pueblos. A Dani le encantaba ese camino porque los días de verano, cuando hacía mucho calor y el cemento del skatepark quemaba, patinaban hasta allí, casi siempre cantando, y se adentraban en la hierba hasta un claro. Entonces se tumbaban y, mientras miraban al cielo, se contaban anécdotas o jugaban a imaginar otros tipos de vida. Luego ayudaban a Miki a sentarse de nuevo en la silla y se partían el culo de risa cada vez que no conseguían hacerlo y acababan todos en el suelo. Finalmente, volvían para la hora de la cena, felices y cansados.

Esta vez, de camino a Villa Roca, nadie cantaba. Estaban concentrados en ir rápido, pensando si todo aquello del vampiro era real o si la tal Vera se lo había inventado. En el fondo, esperaban que todo fuera un malentendido. Dani pensó que nadie debería enfrentarse a un vampiro.

Llegaron al pueblo y se dirigieron hacia la plaza



La noche del vampiro



mayor, aunque de hecho no es que fuera muy grande. Puede que fuera porque estaban acostumbrados a El Roble, pero les pareció que el otro pueblo era más bonito. Conforme se acercaban al centro, las casas eran más antiguas, pero también tenían más encanto, con los balcones llenos de macetas y plantas decorando las fachadas. Al llegar a la plaza, miraron a su alrededor. Era sábado y había mucha gente arriba y abajo, todo caras desconocidas entrando y saliendo de tiendas y cafeterías. Entonces la vieron, sentada junto a la fuente. Una chica de su misma edad, con la gorra echada hacia atrás, el pelo oscuro y el rostro lleno de pecas. Estaba sola, únicamente acompañada de su scooter.

—Hola... —dijo Dani, muerto de vergüenza. No estaba acostumbrado a hablar con desconocidos, aunque fueran de su edad. Y menos con una chica que no fuera Álex. Y menos todavía con una que le pareciera tan guapa—. ¿Eres Vera?

—Sí. ¿Tú eres Daniel King?



Daniel King



Dani dijo que sí y se ruborizó, porque oír su nombre, como si King fuese su verdadero apellido, le pareció fantástico: durante un segundo se sintió como el personaje de una de sus historias. Luego le presentó a Álex y a Miki.

Vera les devolvió el saludo y no pudo evitar sorprenderse al ver la silla de ruedas. Pero le gustó mucho el estilo que tenían: las largas trenzas y las zapatillas de diferentes colores de Álex; el pelo largo y el colgante en forma de atrapa-sueños de Dani; y la camiseta de las Tortugas Ninja de Miki, además de la gorra hacia atrás, como la que ella llevaba. Y todos sobre ruedas. Era un grupo un poco raro, pero eso le gustaba. Y, en cierta manera, le hacía ilusión que hubieran ido hasta allí.

—Muy bien. Seguidme.

Vera los llevó a uno de esos cafés en los que venden pan, cruasanes, ensaimadas, zumos y cosas así, y donde siempre encuentras a abuelitas tomando el





Daniel King



té o batidos de chocolate. Se sentaron en una de las mesas del fondo y la señorita Clara, la dependienta, saludó a Vera afectuosamente.

—Vengo aquí todas las tardes. Como mi padre es quien les trae el pan por la mañana, siempre me invitan a merendar y Clara me trata como a una hermana pequeña.

Álex y Dani sonrieron y dijeron que eso era genial, porque era como estar en casa. Miki miraba alrededor, inspeccionando la sala y saludando a las abuelitas.

—No sé si habrá pizza, pero el sitio está muy bien —concluyó.

Cuando les sirvieron los zumos, Vera empezó a explicar todo lo sucedido:

—Durante las últimas semanas, cada día alguien ha caído enfermo. Al principio no parecía nada extraño, porque hay épocas en que muchos cogemos la gripe de golpe. —Los tres amigos asintieron con la cabeza—. Pero cada vez son más los



La noche del vampiro



niños y niñas contagiados. De mi clase quedamos menos de la mitad sanos. Y lo peor es que ninguno se ha recuperado. A los que han vuelto a clase los han mandado de nuevo a casa porque se sentían agotados, estaban muy pálidos y se caían dormidos en el pupitre.

—Bueno, eso último también le pasa a Miki —dijo Álex, en broma.

A Vera se le escapó una sonrisa durante unos segundos, pero continuó contándoles la grave situación:

—Los padres no se extrañan, están demasiado ocupados con sus cosas de padres. Y dicen que debe de ser un virus, y que es muy fácil que nos contagiemos todos en el colegio. Un día, un chico de mi clase que se llama Andrés llegó muy asustado. Dijo que había tenido un sueño muy extraño.

Todos se acercaron aún más al centro de la mesa, para escuchar mejor lo que venía a continuación.

—En el sueño una sombra aparecía en su venta-



na y picaba contra el cristal para llamarle. Andrés se acercaba para verlo mejor. Ya sabéis que en los sueños todos somos más valientes.

Los tres amigos asintieron porque eso lo sabían ellos y todo el mundo mundial.

—Entonces, al ver que era una sombra, se echó atrás. La sombra le decía que por favor abriera la ventana y así podrían jugar. Pero Andrés no quería porque le daba miedo y le dijo que no. No solo porque no le veía la cara, sino porque su habitación está en un tercer piso. Ese ser, o lo que fuera, estaba flotando en el aire. —Un escalofrío recorrió la espalda de los tres y les subió hasta la nuca—. Andrés contó que, tras decirle que no, la sombra se enfadó y entonces le mostró la cara. Dijo que tenía los ojos rojos, los dientes grandes y afilados, bigote y unos pendientes de esos pequeñitos en las orejas.

—¿Pendientes? ¿En plan pirata o en plan cuqui? —preguntó Miki—. ¿Estamos seguros de que era un hombre? Tal vez sea una vampira.